

Frank demuestra el milagro europeo¹

I M M A N U E L W A L L E R S T E I N *

“Y el resplandecimiento de luz tan brillante lo encegueció”
(Anónimo, sutra 17, de una saga teológica de origen desconocido)

Resumen: Cerrando la publicación que iniciamos hace dos números de la relevante trilogía de ensayos internacionales dedicados a comentar el último libro de André Gunder Frank, *ReORIENT*, Wallerstein, a partir de realizar una evaluación puntual capítulo por capítulo de este texto sostiene que, pese a autoseñalarse como el crítico más radical de la historiografía eurocentrista, Frank lo que ha hecho es reconfigurar el eurocentrismo reactualizándolo. En la medida en que, desde su rechazo al eurocentrismo, no reconoce la importancia del desarrollo tecnológico para posicionar a Europa como centro hegemónico del sistema-mundo moderno –y, por eso, ve al periodo 1400-1800 como el de una economía mundial sinocéntrica, o sea, dominada por China–, pero, al menos para el periodo que va de 1800 a 1950, no puede negar la hegemonía económica y militar de Occidente, aunque sea como un proceso tardío, Frank se ve obligado a oscilar entre diversas explicaciones de este ascenso tardío que no sólo adolecen de incoherencia externa, esto es, de inconsistencia en la relación teoría/realidad por falta de pruebas y datos, sino de una radical incoherencia interna que lo lleva a invertir sus planteamientos clásicos: mientras antes sostuvo que Gran Bretaña explotó a los países subdesarrollados a partir de recibir más mercancías de las que les cedía, ahora afirma que China fue económicamente más fuerte que Europa porque estuvo exportándole más mercancías de las que importó a cambio. Al atribuir el ascenso de Europa a su uso del dinero americano para posicionarse en Asia y, desde ahí, en la economía mundial, Frank ha forjado una “explicación” que se autorevierte: ¿cómo, después de miles de años de avances económicos y culturales de los pueblos de Asia, los europeos, desde una economía atrasada, pudieron comerciar nada por todo venciendo a los chinos, los indios y todos los demás? ¿Qué no Asia y, más bien, China, deberían haber sido los vencedores? Vista así la hegemonía tardía de Europa se vuelve un “milagro”.

André Gunder Frank ha escrito un libro aparentemente dedicado a denunciar la teoría e historiografía eurocentristas.² Pero, en realidad, su libro resulta ser una de las más grandes apologías a la destreza y el ingenio de los europeos que se haya escrito hasta nuestros días. Frank ha descubierto el verdadero milagro europeo. Puede usted haber escuchado que, en este libro, Frank está librando una justa batalla contra quienes nunca –mejor dicho, casi nunca– han reconocido el prejuicio europeo de su historiografía. Por eso, podría parecer sorprendente encontrarse con que Frank se vuelve, de hecho, el principal apóstol del milagro europeo, presentando reivindicaciones para Europa que desbordan las de David Landes.

¹ Traducción realizada por Luis Arizmendi y Jorge Gasca.

* Investigador-profesor de la Universidad de Yale. Autor de obras que, sin duda, son un hito en el debate de frontera histórico mundial. Las más importantes: su trilogía de *El sistema-mundo moderno*; *Impensar las ciencias sociales*; *Después del liberalismo*; y *Conocer el mundo, saber el mundo*. Sin duda, es el historiador más importante del mundo en nuestro tiempo.

² *ReORIENT: Global Economy in the Asian Age*, Berkeley, University of California, Press, 1998.

La tesis central del libro de Frank, en palabras del autor, es que “hubo una única economía mundial global con una división mundial del trabajo y con comercio multilateral desde 1500” (1998: 52). La intención central del libro, según plantea en la primera frase del prólogo, consiste en “darle un giro a la historiografía y la teoría social eurocentristas que hemos recibido para colocarlas al revés” (1998: xv). Por consiguiente, las preguntas para el lector son dos: ¿Su tesis central es verdadera? Y si lo es, ¿logra realizar la intención central que guía su investigación? Permítame, en lo que sigue, abordar estas dos preguntas sucesivamente.

Para empezar, debemos esclarecer lo que la tesis central significa. De acuerdo con Frank, desde 1500 —específicamente, de 1500 a 1800, ya que, en lo que concierne al periodo ulterior a 1800 habría mucha menos discusión historiográfica—, el mundo entero (no sólo una parte suya) estuvo unificado mediante una sola división del trabajo. Frank agrega que, asimismo, por “el comercio multilateral”, pero eso me parece redundante. Si hay división del trabajo, debe haber comercio, el cual tendría necesariamente que ser multilateral. Por eso, la pregunta que se nos plantea, más bien, es la opuesta: ¿si hay comercio, existe necesariamente una sola división del trabajo?

¿Qué tiene que ver esta discusión con el eurocentrismo? Nuevamente, Frank es completamente claro desde el comienzo. Lo que busca demostrar es que “desde una perspectiva global, Asia, no Europa, representó el papel de centro en los inicios de la historia moderna” (1998: xv). Dice Asia, pero en el texto casi todo el tiempo habla, en realidad, de China. Para ser más exactos, establece una importante jerarquía: China en la cima, India en algún sitio en medio, Europa hasta abajo —y las zonas árabe-otomanas amplia y extrañamente están ausentes en la mayor parte de esta explicación—. En todo caso, Frank afirma que, al hacer esto, “le jala el tapete histórico al discurso *anti*-histórico y *anti*-científico —realmente ideológico— del eurocentrismo sostenido por Marx, Weber, Toynbee, Polanyi, Braudel, Wallerstein y muchos otros teóricos sociales contemporáneos” (1998: xv- xvi). Al menos puedo decir que gozo de buena compañía.

Existen dos temas más, bosquejados en el prólogo, que son cruciales para el análisis. El primero se refiere a “la pregunta sobre qué significa, si significa algo, lo que se denomina economía-mundo o sistema-mundo ‘capitalista’” (1998: xix). El segundo concierne a la afirmación de que, “en términos históricos, ‘el ascenso de Occidente’ llegó tardíamente y fue breve” (1998: xxiv). El capitalismo, que es inicialmente descrito de modo cauteloso en el prólogo adjudicándole un significado dudoso (“si significa algo”), se vuelve, hacia la página quince, un “producto de la imaginación [de Marx]”. Según Frank, no existe tal cosa como el capitalismo, o, si la hay, constituye el sistema en

el que hemos vivido siempre. Repentinamente, el capitalismo no es una forma distintiva de sólo algunos momentos y lugares en el tiempo histórico. Tampoco es un sistema ni un modo de producción, o una realidad reconocible. Tendremos que informarles a aquellas almas sumidas en la oscuridad, que alguna vez que otra se manifestaron en contra de los delitos de los capitalistas, que los villanos no existen. Pobre Gunder Frank: empleó tanto esfuerzo en la primera etapa de su vida en tales demostraciones, para hoy, al parecer, seriamente arrepentirse.

El “ascenso de Occidente” resulta ser un considerable desconcierto para Frank porque, como veremos, dentro de la estructura de análisis que ha establecido, no existe forma alguna para explicarlo, aunque fuera como un ascenso tardío y breve. No obstante, parece incapaz de hacer desaparecer la riqueza, fuerza militar y dominación imperial de Europa sobre el mundo entero, por lo menos entre 1800 y 1950. Ya que no existe una explicación convincente, el ascenso de Occidente se vuelve un acontecimiento verdaderamente milagroso. Esto no significa que Frank no tenga ninguna explicación. Aquí esta: “Europa usó su dinero americano para introducirse por la fuerza en la producción, el mercado y el comercio de Asia con el objetivo de beneficiarse —en una palabra, supo sacar provecho de la posición dominante de Asia en la economía mundial—. Europa se subió sobre las espaldas de Asia, se alzó —temporalmente— sobre sus hombros” (1998: 4-5). ¿Pero qué significa ser dominante si un arribista puede introducirse por la fuerza y levantarse sobre sus espaldas? La historia no se esclarece con otra metáfora: “Mi tesis (...) es que Occidente primero se compró un asiento de tercera clase en el tren de la economía asiática, después rentó un vagón entero y sólo hasta el siglo XIX desplazó a los asiáticos tomando el control de la locomotora” (1998: 37). ¡Una verdadera historia de Horacio Alger! No todos vamos de los harapos a las riquezas, sólo aquéllos (si recuerdo bien a Horacio Alger) que son trabajadores duros, abstemios y que tienen una ética protestante. Pero basta de metáforas. Permítame ir al grano.

¿Cómo demuestra Frank que en el periodo de 1500-1800 (a veces señala que en el periodo de 1400-1800) existió un único sistema-mundo, dentro del que Asia fue dominante? El capítulo dos abre con cierta prudencia —lo que parece ser su norma— usando como título: “El carrusel del comercio global, 1400-1800”. Pero concluye más abiertamente con una sección que se titula: “Compendio de una economía mundial sinocéntrica”. Plantea que esta economía mundial (siempre sin el guión, ya que, para él, sea vista simultánea o sucesivamente, no puede más que haber una), con sus “relaciones económicas internacionales sistémicas, densas y de amplio alcance interprovincial, interregional y mundial, [continuó] dominada por la producción, la competitividad

y el comercio asiáticos” hasta fines del siglo XVIII –conformando una realidad “reflejada en el patrón global de la balanza comercial y los flujos de dinero” (1998: 126)–. Así que –nos enteramos ahora– las pruebas cruciales son las balanzas comerciales y los flujos de dinero. ¿Significa esto que Frank ha retornado a su formación inicial (a la que hace mucho tiempo renunció espectacularmente) como economista monetarista de Chicago?

¿Cuáles con sus argumentos sobre la balanza comercial? Cuatro regiones –nos dice– tenían “déficits comerciales integrados dentro de su estructura: las Américas, Japón, África y Europa” (1998: 126–27). Las Américas y Japón equilibraron su déficit con exportaciones de plata, África lo hizo exportando oro y esclavos. De esta forma, producían –según él– mercancías demandadas en otros sitios de la economía mundial. Europa, en contraste, estaba aparentemente incapacitada para producir artículos que cualquiera en algún lugar requiriera. Los incompetentes europeos sobrevivían manejando las exportaciones de las otras regiones deficitarias. Desde esta perspectiva, Frank no otorga ningún crédito a Europa por ser un gorrón astuto capaz de tomar ventaja que sobre una ausencia total de capacidades productivas logró tener un ingreso razonable.

En este contexto, China e India constituyeron “el centro de la economía mundial” (1998: 127). China más que India. ¿Cómo fue esto? Como resultado de su “excepcional productividad manufacturera absoluta y relativa” que le permitía tener una balanza comercial favorable”, de suerte que, China en particular se convirtió en “el ‘sumidero final’ (‘ultimate sink’) de la plata mundial” (1998: 127). Frank resalta la explicación de Abu-Lughod acerca de las tres principales regiones y los ocho elipses regionales sobrepuestos del sistema mundial del siglo XIII, pero es desafortunada su observación puesto que ella ha hecho énfasis en que las diversas regiones jugaron roles más o menos iguales. Frank prefiere otra versión de esta regionalización, una “que pueda ser visualizada con la forma de círculos concéntricos” (1998: 129). Los círculos que enlista parecen bastante precisos: el Valle del Yang-Tse y/o el Sur de China en el centro, el resto de China en el siguiente anillo, luego el sistema tributario/comercial del Este asiático (como lo ha descrito Hamashita), después la franja regional de Asia o Afro-Asia y, finalmente, en la franja exterior, Europa y las Américas.

Todo esto supone que es señal de gran fuerza económica contar con una balanza comercial favorable. Pero Frank no siempre pensó así. Parte del ejercicio que realiza en este libro se dirige a demostrar su progreso intelectual cuestionando viejos aliados y aceptando culpa por sus propios errores en escritos anteriores. Así es bastante difícil saber qué, si lo hubiera, considera aún valioso de sus volumi-

nosos escritos previos a 1990. Ojalá, espero, no los quiera tirar todos. Algunos son realmente buenos, desde mi punto de vista, y todavía constituyen lecturas valiosas.

Hay que poner atención al debate que se dio, en los setenta, un poco en la oscuridad, en el *Journal of European Economic History*. Acerca de las relaciones de Europa, especialmente Gran Bretaña, con el “Tercer Mundo” a fines del siglo XIX. Este debate inició con un artículo de Paul Bairoch. En el plano empírico, él y Frank estaban en acuerdo. Entre 1880 y 1939, existió un déficit en el comercio exterior europeo (aproximadamente del 20%). ¿Pero qué implicaba esto? En la crisis de 1976, Frank publicó dos artículos en el mismo número de esa revista, uno criticando a Bairoch y otro con una amplia presentación de sus propios puntos de vista. El título de este último fue: “Los desequilibrios del comercio multilateral y el desarrollo económico desigual” (Frank: 1976). Frank afirma, de hecho demuestra, que “a lo largo de todo el desarrollo capitalista mundial y, particularmente, hacia fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX”, se dio un desequilibrio comercial entre las metrópolis desarrolladas (especialmente Gran Bretaña) y “los países subdesarrollados colonizados”. Sostiene que este desequilibrio comercial fue fundamental “en el proceso de desarrollo capitalista desigual” (1976: 407).

¿Desequilibrio a favor de quién? Resulta que Gran Bretaña sola tuvo superávit de exportaciones/déficit de importaciones, mientras que las regiones subdesarrolladas tuvieron el problema opuesto, déficit de exportaciones/superávit de importaciones. Todas las otras regiones del mundo mostraron un cuadro intermedio entre estos dos anteriores. De ahí, Frank extrajo, en su artículo de 1976, la siguiente conclusión:

Esto significa que, en los hechos, incluso cuando fueron moderados los precios del mercado mundial (más aún si se estiman en términos de valor real), los países subdesarrollados, a través del excedente de las exportaciones por encima de las importaciones, realmente financiaron al resto del mundo tanto directa como indirectamente. Específicamente, el excedente de exportaciones de los países subdesarrollados 1) proporcionó mucho del excedente del consumo de mercancías de Europa representado por los posteriores déficit de exportación o superávit de importación, 2) ayudó a financiar el excedente de exportaciones de los Estados Unidos y los territorios dominados por Europa, 3) ayudó a la inversión doméstica y el desarrollo en Europa, y 4) ayudó a Europa a financiar su inversión extranjera en los Estados Unidos y en los territorios bajo su dominio, acelerando su desarrollo mientras los países subdesarrollados, que además financiaban mucha de la inversión “extranjera” dentro de ellos mismos, con este mismo proceso, aceleraban su subdesarrollo (1976: 422).

Como puede verse, en este artículo, Frank sostenía que Gran Bretaña, a fines del siglo XIX, estuvo explotando a los países subdesarrollados a partir de recibir más mercancías de ellos de las que se les enviaban a cambio. Pero, ahora, en su nuevo libro, argumenta que China fue económicamente más fuerte que Europa en el periodo de 1500–1800 porque estuvo enviando más mercancías a Europa de las que importó a cambio. No tengo nada en contra de que Frank cambie su formulación, incluso con que invierta sus argumentos previos. Quizás aprendió que estaba equivocado. Pero es justo formular una pregunta: ¿quiere ahora concluir, con base en su nueva teoría, que, a fines del siglo XIX, los países subdesarrollados fueron más fuertes que Gran Bretaña porque estuvieron enviándole más mercancías de las que recibieron a cambio?

El capítulo tres se desplaza de la discusión del comercio hacia la del dinero. Se titula “El Dinero giró sobre el mundo y lo hizo girar”. El dinero, nos dice Frank, es una mercancía, sujeta a las leyes de la oferta y la demanda. De hecho, resulta ser, desde su perspectiva, la mercancía clave. “Es la demanda de dinero la que *hace posible* tanto la oferta de bienes en el mercado como el uso de dinero para comprarlos. Así, la práctica universal del arbitraje en sí misma ya refleja *–o ayuda a crear–* un mercado mundial en todo el sentido del término” (1998: 137; cursivas agregadas). ¿Por qué *–pregunta–* quería China tanto dinero? Porque *–dice–* “el dinero soporta y *genera* demanda efectiva, y la demanda, como respuesta, genera oferta” (1998: 138; cursivas agregadas). Pero el dinero no genera demanda efectiva en cualquier parte, sostiene Frank, solo donde la capacidad productiva ya existe, y donde, en consecuencia, existe “la posibilidad para extender su esfera de acción a través de la inversión y el aumento de la productividad” (1998: 138). Mientras Frank afirma que éstas las tenía China, Landes dice que las tenía Gran Bretaña (1998, *passim*). La lógica es idéntica.

Este capítulo pretende mostrar que la producción mundial de plata, que constituyó de facto el dinero estándar durante este periodo, terminó en China, lo que prueba la fuerza económica de China para Frank. Sin embargo, los propios cálculos de Frank no apoyan su argumento empírico. Tomaré todos sus cálculos para evaluar su valor. En la página 148, presenta un cuadro de la producción, exportaciones e ingresos a nivel mundial de la plata para el periodo de 1500–1800. Muestra que, en el siglo XVI, 17 mil toneladas (tons) de plata fueron de las Américas hacia Europa, ninguna de Europa a China, y sólo salieron 2 mil tons de Japón hacia China. Por tanto, no fue tan bueno para ella el siglo XVI. Para el siglo XVII, muestra que 27 mil tons fueron de las Américas hacia Europa, 13 de éstas (o aproximadamente la mitad) se enviaron a China y 7 mil

tons fueron de Japón hacia China. En el siglo XVIII, 54 mil tons fueron de las Américas hacia Europa, 26 (nuevamente cerca de la mitad) se re-embarcaron hacia China y ninguna se envió de Japón a China. En suma, hay un elemento desconocido en el envío de la plata americana dirigida, vía Manila, a China. Existe un elemento desconocido porque Frank no está seguro de cuánto fue a Manila y cuánto fue a dar a China. Únicamente dice que, para 1600–1800, el rango de las estimaciones totales va de 3 a 10 o hasta 25 mil tons.

Realicemos un recuento. Lo que Frank muestra es que entre 1500 y 1800, Europa recibió 98 mil tons de las Américas y envió 39 mil tons hacia China, conservando 59 mil tons. China recibió 39 mil tons de Europa, 9 de Japón y de 3 a 25 de las Américas, vía Manila, para un total de entre 51 a 76. ¿Cómo resulta el promedio de 59 mil tons? De acuerdo con el cuadro de Frank, Europa y China fueron exactamente iguales como “sumideros” en este periodo crucial. Pero, en ese punto, debemos introducir los cálculos de la población, ya que, Frank los considera extremadamente importantes. En un cuadro de la pág. 170, muestra que, para 1500, la relación poblacional Europa/China fue 68:100; para 1600, 83:150; para 1700, 106:150; y para 1800, 173:315. De manera rudimentaria, calcula que la población de Europa durante este periodo fue la mitad de la china. Pese a lo cual retuvo la misma cantidad de la oferta mundial de plata. En consecuencia, durante este periodo, en términos per cápita *–al considerar la población que constituye un criterio esencial para Frank–* Europa logró conservar el doble de plata. De hecho, Frank admite esto, pero lo descarta por causar inflación en Europa, mientras que la misma cantidad de plata sirvió “para aumentar la producción y, además, la población en Asia” (1998:157). En realidad, lo que los cuadros muestran es que tanto China como Europa Occidental necesitaron plata y tuvieron que importarla. La diferencia consistió en que el costo para Europa Occidental vino del costo de sus operaciones militares para saquear la plata y, además, del costo de sus operaciones mineras que realizó usando trabajo sometido a la coerción. Mientras que el costo para China fueron los bienes preciosos que tuvo que exportar para obtener la plata. Me parece que Europa Occidental consiguió su plata más barata.

Al llegar al tema de la población nos encontramos con que, a pesar de los cálculos que ha citado, Frank concluye que “la población creció *mucho más rápido* en Asia, especialmente en China e India, que en Europa” (1998: 171; cursivas agregadas). Quizás Frank esté empleando alguna aritmética no-eurocentrista, pero veo que sus cálculos muestran que China creció sólo *ligeramente* más rápido

que Europa. Sin dejar de considerar Europa, por supuesto, como una categoría que agrupa zonas con muy diferentes índices de crecimiento poblacional. Los cálculos para el noroeste europeo son considerablemente mejores que los que corresponden a Europa en su conjunto, al menos son tan buenos como los que conciernen a China. Lo que resulta más impactante es que, de estas exiguas (y discutibles) diferencias cuantitativas en el crecimiento poblacional, si existe alguna, Frank infiere (ése es el término correcto) una ventaja en el crecimiento de la producción total de China: “Desafortunadamente, carecemos de las estimaciones de la producción total y regional [para el periodo de 1400-1800], pero *es evidente* que este *crecimiento poblacional mucho más acelerado* en Asia únicamente pudo haber sido posible debido a que su producción también creció tan rápido como para sostenerlo” (1998: 171; cursivas agregadas).

La deducción es un juego que Frank practica a lo largo de todo su libro. Afirma: “Si el comercio y el consumo, basados en la producción, la productividad y la tecnología, fueron desarrollados tanto absoluta como relativamente en muchas partes de Asia, *es evidente que* la ‘infraestructura’ institucional necesaria *debió también haber estado* en ese sitio para permitir y facilitar el desarrollo económico” (1998: 205; cursivas agregadas). Además agrega: “Sostengo que, si tanto la estructura como los procesos de la producción y el comercio fueron realmente como la evidencia analizada en este libro muestra, entonces debemos preguntar qué tipo de orden institucional *pudo o debió haber existido* para hacer eso posible” (1998: 209; cursivas agregadas). Pero, al parecer, la ley no es pareja para todos (*what is good for the goose is not allowed to the gander*). Cuando Frank discrepa con Anthony Reid en torno a los cálculos de las importaciones de India, lo cuestiona por señalar que “*debieron haber caído* bruscamente después de 1650”. Frank resalta: “Mi cursiva en la frase de Reid deriva de que él no tiene ninguna evidencia de esta caída” (1998: 234). Por supuesto, esta observación es correcta sobre Reid, pero también puede aplicarse a las afirmaciones deductivas de Frank, que de ningún modo juegan un papel menor en su argumentación.

El capítulo cuatro se llama “La Economía Global: Comparaciones y Relaciones.” Uno de los temas en el debate es precisamente la unidad de análisis. Frank plantea que en este periodo existió una única economía mundial con una sola división del trabajo. Otros –como yo– sostenemos que en este periodo se dio la coexistencia de múltiples y extensos sistemas históricos, y que las relaciones *entre* estos sistemas fueron de un orden totalmente diferente a las relaciones *dentro* de ellos. Lo que Frank hace en este capítulo es dar por sentado que tiene razón. Encuentra fácil afirmar que los planteamientos formulados por otros sobre la economía-mundo capitalista (que, en este periodo, se estableció úni-

camente en una parte del globo) no son correctos cuando se trata de su unidad mundial. Pero nadie alguna vez dijo que lo fueran. Una formulación así corresponde completamente a la “falacia del espantapájaros”,³ es de poca valía para tanto espacio y agitación. Véase este pasaje:

Los europeos sólo fueron capaces de vender muy pocas manufacturas a Oriente, en cambio, sacaron provecho principalmente de su inserción en “el comercio entre países” al interior de la propia economía asiática. La fuente de las ganancias europea provino arrolladoramente de “operaciones de acarreo” (*carrying trade*),⁴ y de negociar múltiples transacciones, de dinero y mercancías en diversos mercados, en lingotes de oro o plata, lo más importante, *a través de la economía mundial entera*. Nunca antes ningún poder o grupo de comerciantes había sido capaz de integrar las actividades entre todos estos países dentro de una lógica coherente de maximización de las ganancias... Una cosa está muy clara: Europa no fue un centro industrial especializado en las exportaciones para el resto de la economía mundial (1998: 177).

A cuánta confusión y vaguedad da lugar una pobre puntuación. La primera oración es correcta. Los europeos, en efecto, sólo fueron capaces de vender muy pocas manufacturas a Oriente. Incluso, ni siquiera lo intentaron. Lo que el *noroeste* europeo estuvo interesado en hacer, y lo hizo muy bien, fue vender manufacturas a las zonas periféricas que formaban parte de la economía-mundo capitalista, y en la que *no* se incluía, en ese momento del tiempo, Asia. Frank conoce esto muy bien, ya que, lo tiene documentado en varios de sus primeros libros.

Ahora, en lugar de un punto, usa una coma, enlazando así dos problemas, que en realidad implican un *non sequitur*. Sí, Europa sacó provecho (pero no principalmente) de su inserción en el “comercio entre países” dentro del Océano Indico. Por lo menos, dos generaciones de estudiosos han escrito extensamente sobre esto. Y sí, las ganancias provinieron de “operaciones de acarreo”. Nadie ha argumentado nunca algo diferente. Y sí, podría decirse que esto sucedió a través de una red mundial, que, Frank

³ (“Falacia del espantapájaros” es una expresión que denomina una forma de razonamiento basada en la deformación de los argumentos de otro para, sobre ella, presentar su crítica presuntamente superadora. Nota de Luis Arizmendi).

⁴ (Según el Diccionario de Terminología del FMI, “operaciones de acarreo” es la traducción al español que corresponde a “carry trades” –alude a operaciones de préstamos de dinero con baja tasa de interés en un país para recolocarlos en el mercado de otro país a una tasa mucho mayor–. Sin embargo, el término en español casi no se usa y, en su lugar, el término anglosajón es el que regularmente resulta empleado. Nota de Luis Arizmendi).

denomina “la economía mundial entera”. De modo que las ganancias obtenidas allí se usaron para fortalecer la acumulación de capital dentro de la economía-mundo capitalista y, *después*, incorporar estas zonas externas dentro de su sistema para volverlas parte de su periferia.

La siguiente frase afirma que Europa fue el primer poder en operar en todos los mercados simultáneamente. (Al parecer había múltiples mercados después de todo, aunque en páginas anteriores ésta fue precisamente la afirmación contra la cual Frank estuvo discutiendo). Esta declaración constituye un elogio a regañadientes para Europa. Frank no nos dice cómo fue capaz de hacerlo, incluso, más importante aún, por qué China, con su fortaleza, no fue capaz de llevarlo a cabo. Finalmente, la última frase que cité señala que Europa no fue el principal exportador para “el resto de la economía mundial,” pero, por supuesto, otra vez, nunca nadie ha dicho que en este periodo lo fuera. Frank está derribando una puerta abierta.

Para no aburrir al lector con un análisis extenso, frase por frase, de confusiones entrecruzadas, me permitiré limitarme a una “falacia del espantapájaros” más contenida en este capítulo del libro:

De este modo, a pesar de su acceso al dinero americano para comprarse ellos mismos un lugar dentro de la economía mundial en Asia, durante los tres siglos posteriores a 1500 los europeos siguieron siendo un jugador pequeño que tenía que adaptarse –y no lo hicieron!– a las reglas de la economía mundial en Asia (1998: 185).

Es notorio el dramático signo de admiración. Invito a Frank a nombrar un estudioso que alguna vez haya dicho que los europeos hicieron las reglas económicas *en Asia* en este periodo. Lo que la mayoría de ellos ha planteado –ciertamente, lo que también he señalado–, es que Asia se coloca fuera de la zona en la cual “las reglas europeas” prevalecieron *durante este periodo*.

El capítulo cinco se dedica a la tesis de que “la simultaneidad no es ninguna coincidencia”. Estoy de acuerdo en que nunca debemos empezar asumiendo coincidencias, pero debemos indagar primero las cuestiones comunes. Este capítulo le da un buen tratamiento a la “crisis del siglo XVII”, un tema que se ha discutido ampliamente durante las últimas cuatro décadas. Frank quiere demostrar que tal crisis no ocurrió en China. Quizás hubo quienes la trataron con sobreentusiasmo extendiéndola a Asia, aunque nunca he leído nada al respecto. Por mi parte, hubiera dicho que no existe ninguna razón para esperar que la crisis del siglo XVII (que de hecho ocurrió dentro de la economía-mundo capitalista) se extendiera de alguna forma significativa más allá de sus

límites. Lo que resulta sorprendente es que Frank continúe en este libro (no sólo en sus trabajos anteriores) aceptando la realidad de esta “crisis” para la zona euro-atlántica, pese a que niega triunfalmente su realidad en Asia. ¿Cómo explica *él* esta discrepancia en términos de una “macrohistoria integradora horizontal”, que justo es el título de este capítulo?

Finalmente, llegamos a lo que se supone es *él* *pièce de résistance* (el plato principal), el capítulo seis: “¿Por qué Occidente triunfó (temporalmente)?”. Hay que recordar, Frank es quien nos ha dicho que:

Todas las estimaciones disponibles de la población y el ingreso mundial y regional, así como la discusión sobre el comercio mundial, confirman que Asia y varias de sus economías regionales fueron más productivas y competitivas, que tuvieron más peso e influencia en la economía global que cualquiera o todas las economías de “Occidente” juntas, por lo menos, hasta 1800 (1998: 174).

Parecería requerirse un milagro para que Europa pudiera ponerse a la cabeza. ¿Podría uno atreverse a llamarlo “el milagro europeo?” O quizás debemos denominarlo el milagro de Frank, ya que, de su análisis deriva el marco en el que él se ha puesto a sí mismo. Frank abre el capítulo con sus respuestas:

Una respuesta consiste en que los asiáticos se debilitaron, otra en que los europeos se fortalecieron... Este capítulo indaga sí y cómo la ventaja económica mundial de Asia, entre 1400 y 1800, pudo haberse convertido en su propia desventaja y en la ventaja que, en cambio, Occidente adquirió en los siglos XIX y XX (1998: 258-59).

Para explicar esto, Frank sostiene que el periodo de 1450-1750 fue de una larga fase “A” para “China e India (...) y otras importantes economías asiáticas...” (1998: 263), pero –permítanme resaltar– no para Europa, puesto que ésta, según Frank, transitaba en el siglo XVII por una fase B. La fase A (para Asia únicamente, que por otra parte se suponía formaba parte de una economía mundial integrada), “dio lugar, entre 1750 y 1800, a una larga fase ‘B’, especialmente para las economías centrales de Asia” (1998: 263). Occidente pudo tomar ventaja de este éxito asiático solamente hasta la fase B –y la mantuvo, aparentemente, hasta fines de la década de los setenta del siglo XX– cuando Asia pero no Europa –otra vez en el supuesto de una economía mundial integrada– “consigue llegar a un periodo (¿temporal?) de predominio” con las ahora denominadas ‘Economías de Reciente Industrialización’ (Newly Industrializing Economies / NIEs) en Asia Oriental...” (1998: 263).

Haciendo a un lado el hecho de que, siempre que

resulta conveniente para su argumentación, Frank está listo para plantear la ficción de una economía mundial integrada, cabe preguntar cómo Occidente triunfó para adquirir ventaja sobre China cuando, según él, estaba momentáneamente abatida. Tomando prestado de Abu-Lughod, pero moviendo la historia por lo menos tres siglos hacia adelante, Frank afirma que fue el declive de Oriente el que precedió e hizo posible el ascenso de Occidente. ¿Cuál declive de Oriente? Parece que las oportunidades de mercado que condujeron a las clases gobernantes de India y China a aumentar la explotación de los trabajadores de sus tierras—una formulación en la que pueden reconocerse las sombras de la explicación de Dobb acerca de la caída de la clase gobernante feudal en Inglaterra—, desataron un aumento de la polarización “que resultó en una atrofia del mismo proceso que la generó” (1998: 266).

De hecho, para Frank, fue probablemente la malicia de los europeos la que estuvo detrás de todo esto:

El crecimiento de las tensiones económicas y políticas en Asia podría haber sido generado más por la oferta de plata y por el resultante incremento del poder adquisitivo de los europeos, por los efectos de su ingreso y su demanda sobre los mercados domésticos y de exportación de la economía mundial, especialmente sobre Asia. Es de suponerse que esto sesgó cada vez más la distribución del ingreso, provocando contracción de la demanda efectiva y crecimiento de las tensiones políticas... (1998: 267).

De este modo, si entiendo correctamente, tendrían los chinos que haber sido más prudentes y menos codiciosos, no deberían haber entregado tantas buenas mercancías por la plata europea (o, por lo menos, no por tanta plata), para permanecer en la cima del mundo a lo largo de los siglos XIX y XX. ¡Ah, esos astutos y furtivos europeos! Si hubieran pagado menos plata por la mercancía china (y si los chinos hubieran sido más precavidos para haber insistido en pagar con menos plata), los chinos pudieron haber permanecido para siempre en la cima del mundo.

Así explica el declive de China. ¿Qué hay acerca de India? Parece muy conocida entre los estudiosos eurocentristas (como Amiya Bagchi o Burton Stein) la fecha de la declinación de India, que ubican posterior a 1757 (Plassey), 1800 o 1830. Pero, según Frank, no corresponde al caso. El declive de India empezó, por lo menos, en 1730. Existe “evidencia sustancial” (1998: 271) de que ese declive económico comenzó antes que cualquier colonización europea. Como el imperio otomano, había alcanzado su ocaso ya alrededor de “la primera mitad del siglo XVIII” (1998: 273).

En su explicación de estos declives, sobre los que se niega a reconocer cualquier crédito o responsabilidad a

Europa, Frank propone que es del agotamiento natural de la fase A en Asia del que los europeos pudieron aprovecharse. ¿Pero cómo? Robaron plata americana, explotaron algunas otras plantaciones en las Américas y se beneficiaron del “multiplicador keynesiano” (1998: 278). De acuerdo. Estamos en el fondo del argumento del viejo Frank. ¿Qué tiene que ver esto con el anti-eurocentrismo? Veamos el resumen de esta sección del libro:

Mientras los europeos reunieron fuerzas de las Américas y de África, *así como de la misma Asia*, las economías y las políticas asiáticas comenzaron a debilitarse durante parte del siglo XVIII, tanto que *sus caminos finalmente se cruzaron* (...) alrededor de 1815 (1998: 283; cursivas agregadas).

Qué curiosa frase emplea Frank: “*sus caminos finalmente se cruzaron*”. Pensé que eran el mismo y único camino ya desde 1400, si no es que desde 2500 a.C. Uno podría pensar que Frank estaba argumentando que conformaban sistemas-mundo distintos que tuvieron finalmente que entrar en una interacción significativa en la misma arena.

Al llegar aquí, lo más curioso de todo, Frank introduce un último elemento para explicar el ascenso (¿temporal?) de Europa. Sorpresa, sorpresa: son los “desarrollos tecnológicos de la revolución industrial”. Seguramente esta es una idea original, una idea no eurocentrista. Ya que Frank plantea que, en verdad, estos no son “solamente avances europeos (...), deben entenderse más propiamente como desarrollos mundiales cuyo ubicación espacial se trasladó hacia Occidente después de haber actuado un largo período por todas partes en Oriente” (1998: 285). Incluso el mismo Frank formula la pregunta obvia:

La pregunta, sin embargo, sigue siendo la misma: por qué y cómo los occidentales europeos y americanos fueron mejores que los asiáticos en su propio juego con los avances tecnológicos de la revolución industrial. ¿Cómo y por qué éstos se generaron en ese tiempo y allí? Una respuesta totalmente satisfactoria puede estar todavía más allá de nosotros... (1998: 285).

No obstante, Frank quiere ofrecernos algo. La tesis de una economía que dentro de sus fronteras cuenta con salarios altos, que se ha usado mucho tiempo para explicar las ventajas de los Estados Unidos, y que Frank sostiene aplicándola a Europa en su conjunto:

La disminución de la población europea y su válvula de escape conformada por la emigración hacia las Américas estimularon el desarrollo de la maquinaria, ahorrando

trabajo, en Europa mucho más rápido de lo que lo hizo el ingenio de la población asiática (1998: 286).

Aparte de que el argumento no es muy original—después de todo, Frank cita para su apoyo a Adam Smith— y de que en pasajes previos del libro se señaló que una de las ventajas de China fue su crecimiento poblacional (pero aquí resulta que la ventaja de Europa viene de haber podido librarse de parte de su población), necesitamos saber “cómo y por qué (los avances tecnológicos) se generaron en ese tiempo y allí”. Para esto se presenta una respuesta más sorprendente. Al parecer, que a Europa se le acabó la plata:

¿Puede demostrarse que, después de mediados del siglo XVIII, la disponibilidad europea de dinero americano empezó a experimentar un declive relativo que amenazó su (cuota de) penetración de mercado? Eso tendría que haber generado presiones para que los europeos protegieran y reforzaran su competitividad en el mercado mundial disminuyendo sus costos de producción (1998: 299).

Confieso ahora mi absoluta confusión sobre el argumento. Páginas atrás, el ascenso de Europa se atribuyó a la declinación de China e India. Pero aquí parece que el ascenso de Europa se atribuye a la declinación de Europa “que amenazó su (cuota de) penetración de mercado”. O quizás no sea yo quien esté confundido.

Después de múltiples resúmenes de afirmaciones y certezas por todos lados, Frank concluye con esta contundente versión de su argumento acerca del ascenso de Occidente:

En pocas palabras, el repentino cambio de las circunstancias demográficas, económicas y ecológicas en el mundo—inesperado para la mayoría de la gente, incluyendo a Adam Smith— generó un conjunto de inversiones económicamente racionales y redituables... (1998: 317).

El resto se lee como cualquier libro de texto estándar sobre la revolución industrial.

Frank guarda para este punto de su exposición la pregunta: “¿1500: Continuidad o Ruptura?” Conocemos hasta ahora la respuesta prevista. Hubo continuidad. Hasta donde veo, para Frank, sólo hay continuidad, nunca ruptura. ¡Ah, sí!, una pequeña ruptura en 1800, pero en medio de una rápida recuperación en las últimas décadas del siglo XX, que regresa a la continuidad. Debe subrayarse que Frank toma el periodo de 1500 como si estuviera enfrentando un enorme consenso. En realidad, quienes insisten en 1500 como una ruptura son una minoría relativamente pequeña del mundo. La aplastante mayoría de científicos sociales

ha sostenido, durante un siglo y medio, que hasta hoy han existido sólo dos discontinuidades importantes en la historia mundial: hacia 8 - 10,000 a.C. (la revolución agrícola) y hacia 1800 o 1760-1840 (la revolución industrial). Frank está en consonancia con este consenso.

La tesis de 1500 como una ruptura tiene menos que ver con el ascenso de Occidente que con el ascenso del capitalismo como sistema histórico. Frank busca negar esta periodización para mantener su sinocentrismo. Para hacer esto debe insistir en que el capitalismo es una invención de la imaginación de Marx. Al que se ve como una “vaca sagrada” con “su presunto ‘modo de producción’ peculiarmente excepcional o extraordinariamente peculiar” (1998: 330). Para Frank, “todas las formas de relaciones de producción estuvieron y permanecen ampliamente entremezcladas al mismo nivel en cualquier ‘sociedad’, además de en la sociedad mundial en su totalidad” (1998: 331).

Frank, como ahora ya es evidente, presenta muchos elementos diferentes juntos, como si fuera la única combinación posible de ellos. Consideremos la expresión “todas las formas de modos de producción”. Así que ciertamente existen múltiples modos de producción, incluso para Frank. De acuerdo, entonces, la pregunta inmediata es: ¿qué es lo que define a un modo de producción? Evidentemente no la “sociedad mundial en su totalidad”. Ni tampoco una “sociedad”. Así que ¿dónde podemos ubicar un modo de producción? ¿En una ciudad, en una fábrica, en una casa?

Después de 30 años de debate en los que los marxistas dobsianos, los partidarios de la articulación de los modos de producción, los regulacionistas y quienes se encuentran comprometidos con el análisis de los sistemas-mundo, por no mencionar a otros, se han confrontado directamente entre sí—una literatura que Frank conoce bien, habiendo participado en los debates—, Frank sabe que cualquier posición que se asuma sobre la pregunta “¿cómo ubicar un modo de producción?”, determina una visión completa de la historiografía. Sin embargo, simplemente ignora la pregunta por completo en la cita anterior y a lo largo del libro. Quizás esta pregunta difícil pero crucial es demasiado dura para Frank. De cualquier modo, uno puede entender lo que dice: “es mucho mejor cortar (de tajo) el nudo Gordiano que enreda al ‘capitalismo’ en su totalidad” que hacer el ridículo con la búsqueda de los orígenes o raíces del capitalismo que “no es mucho mejor que la búsqueda de la piedra filosofal por el alquimista” (1998: 332).

Pero, no hay que olvidar que los esfuerzos del alquimista fueron parte del proceso de aprendizaje de un método experimental que rindió beneficios posteriormente para la física y la química, aun cuando la teorización de los alquimistas no resultó ser muy útil. Cuando Frank asume: “Por lo tanto, es mejor simplemente olvidarse de esto [los

orígenes de capitalismo], y seguir adelante con nuestra investigación de la realidad de la historia universal” (1998: 332), enarbola la bandera de la verdad empírica, la “realidad de la historia universal,” como si esta realidad no se percibiera a través de lentes teóricos muy específicos. Pero, al final, él mismo reconoce, al parecer, que no es tan optimista.

Habiendo dado por descontada la realidad del capitalismo y demostrado que la centralidad de China y Asia se sostuvo continuamente a lo largo de un periodo prolongado dentro del sistema mundial de comercio, lo mejor que puede ofrecernos es que:

La revolución industrial fue un evento imprevisto, que tuvo lugar en una parte de Europa como resultado de una estructura y un proceso continuamente desiguales de la economía mundial en su totalidad (1998: 343).

Quizás haya algunos lectores que, después de vadear a través de 350 páginas de texto, se encuentran satisfechos cuando se afirma que lo que cambió la configuración del mundo moderno fue “un evento imprevisto,” pero no soy ninguno de ellos. Por un lado, los eventos son imprevistos, pero, por otro, pueden ser explicados. Simplemente, en verdad, Frank no tiene ninguna explicación para “la revolución industrial” en Europa. Ha armado las piezas de tal manera que no puede haber ninguna explicación racional sobre ella. Por consiguiente, se vuelve un “evento imprevisto” –no simplemente para los actores de la historia, sino para la teorización que usa Frank sobre el modo en que el mundo funciona sin poder explicarlo–.

Como ya he dicho, Frank emerge como el gran portavoz de la proeza europea. Plantea que la capacidad actual de Estados Unidos para adquirir la riqueza del mundo, deriva de su capacidad para imprimir dólares y, por eso, puede comprar a los europeos occidentales y los japoneses su producto real. Es muy despectivo cuando plantea:

Esta estrategia de algo por nada [que sigue E.U. hoy], es esencialmente la que Europa también practicó durante tres siglos, entre 1500 y 1800. La diferencia es que el dólar está, por lo menos en parte, basado en la productividad estadounidense... (1998: 356).

¡“Por lo menos”! A los europeos ni siquiera les reconoce el mérito de la productividad. Repito, uno tiene que admirar la capacidad de aquellos europeos que pudieron comerciar nada por algo y, por lo visto, pudieron contra los chinos, los indios y todos los demás, a pesar de miles de años de avances económicos y culturales de los pueblos de Asia. ¿Valió la pena este largo rodeo de Frank para decirnos que

los europeos fueron esencialmente maestros de la estafa?

En este estudio exhaustivo de Gunder Frank se nos ofrece la rotunda prueba definitiva de lo que el FMI siempre ha estado proclamando: que los europeos hicieron algo notable, muy especial y digno de emulación. El libro es un largo hosanna a la eficacia económica. Frank, por un lado, plantea que los europeos no jugaron un gran papel en Asia entre 1500 y 1800. Estoy completamente de acuerdo. Por otro, afirma que Asia jugó un gran papel en Europa entre 1500 y 1800. Veo poca evidencia en su libro para esta aseveración. Asia, ciertamente, le importó mucho menos a Europa que las Américas en este periodo, si estamos hablando de acumulación de capital, estructuras políticas, evolución de sistemas de valor o desarrollo del capitalismo histórico. Todo se reduce a que China fue más rica que Europa durante este periodo. ¿Quizás todo lo que hemos estado discutiendo se deduce de esto? ¿Pero cuántos agentes chinos hubo en Bengala a inicios del siglo XVIII?

Parece que Frank cree ser el único anti-eurocentrista verdadero, vivo o muerto. Incluso aquéllos a quienes cita de forma positiva les reprocha no ir suficientemente lejos. Irfan Habib tiene la reputación de ser un arduo defensor de la importancia de las estructuras económicas de India, pero no para Gunder Frank. Joseph Needham se ha convertido en la referencia clásica de aquéllos que desean aniquilar un diagnóstico eurocentrista de la historia de la ciencia, pero no para Gunder Frank. Para él, Joseph Needham nunca escapó de sus raíces eurocentristas.

El segmento más débil del libro es el intento por explicar por qué Occidente triunfó, así fuera sólo temporalmente. En esto no sólo está puesto el corazón del argumento de Frank; por esa explicación está forzado a infringir la perspectiva de todo lo demás que ha escrito. Para “explicar” este ascenso, se ve obligado a abandonar muchos de sus argumentos anteriores. Repetidamente asume puntos de vista difusos y de ellos extrae inferencias obstinadas. Hubo una vez que quisimos saber por qué riqueza y pobreza fueron distribuidas tan desigualmente entre Occidente y el resto del mundo. Algunos pensaron que fue porque los europeos, de algún modo, fueron más astutos; otros, que se debió a que los europeos fueron exitosamente más agresivos. Esto dividió la derecha mundial de la izquierda mundial, Gunder Frank se contaba a sí mismo en esta última. Ahora cuenta con una mejor solución: se aleja del problema sosteniendo que esto con respecto a los hechos es incorrecto. Afirma que todos ellos se ubican en “bidonvilles”⁵ de este mundo.

⁵ (Barrios de viviendas precarias donde los emigrantes azarosamente se han instalado en zonas de inadecuadas condiciones urbanas en las ciudades francesas o argelinas. Similares son las chabolas españolas y las favelas brasileñas. Nota de Luis Arizmendi).

Frank ha descubierto que China e India fueron regiones de gran riqueza durante el periodo de 1500-1800. ¿Qué hay de nuevo en esto? ¿Qué no todos los aventureros, comerciantes y gobernantes europeos lo afirmaron repetidamente en aquel tiempo? Esta fue, después de todo, la principal justificación del motivo que los llevó a ir y saquear estas áreas. Usualmente no sucede que alguien se abalance sobre regiones afligidas por la pobreza para saquearlas o, al menos, no preferentemente. Gunder Frank tuvo la intención de andar un camino virtuoso, como Dorothy por el camino del ladrillo amarillo. ¿Pero quién es el Mago de Oz al final de este camino?

Referencias

- ◆ Frank, Andre Gunder (1976). “Multilateral Merchandise Trade Imbalances and Uneven Economic Development,” *Journal of European Economic History*, V, 2, Fall, 407-38.
- ◆ Frank, Andre Gunder (1998). *ReORIENT: Global Economy in the Asia Age*. Berkeley: Univ. of California Press.
- ◆ Landes, David (1998). *The Wealth and Poverty of Nations: Why Some Are So Rich and Some So Poor*. New York: W. W. Norton.



Sergio Elisea, *Los laberintos de la globalización*, 2006.